

Modificar el *status quo*: los jóvenes como actores de paz*

Sabine Kurtenbach

Directora en funciones en Instituto de Estudios Latinoamericanos, GIGA, Alemania

La juventud en el marco de conflictos violentos

Una sexta parte de la población mundial (es decir, 1.200 millones de personas) tiene entre 15 y 24 años. La participación y la inclusión de esos jóvenes en la política, la economía y la sociedad es un desafío clave, sobre todo para los países del Sur global. Durante las últimas décadas, la Organización de las Naciones Unidas (ONU) ha abordado continuamente los diferentes retos a los que se enfrenta esta franja de la población. En su *Informe sobre la juventud mundial*, analiza tanto los aspectos específicos como los temas globales, resalta su importancia para los jóvenes y hace referencia a los desafíos que presentan los contextos de violencia.

La perspectiva sobre los jóvenes inmersos en conflictos violentos es ambivalente. Por un lado, los niños son las principales víctimas de la violencia y se considera una violación del derecho internacional humanitario reclutarlos forzosamente. Por el otro, muchas veces se percibe a los jóvenes como potenciales victimarios. En las zonas sin conflictos bélicos, a los jóvenes se los ve como problema central para la seguridad y la estabilidad, sobre todo cuando son pobres y pertenecen a grupos sociales marginalizados.

El trato de la sociedad hacia los jóvenes tiene una gran importancia. Según el eco que obtengan frente a sus demandas y propuestas, podrán realizar un aporte constructivo al desarrollo social o se retirarán hacia mundos paralelos de pandillas, drogas o crimen organizado (Hagedorn 2008). En cambio, la Resolución 2250 de la ONU sobre Juventud, Paz y Seguridad no presenta a los jóvenes como un problema, sino que los destaca como actores importantes para la seguridad, la paz y el cambio constructivo.

La juventud en sociedades posconflicto

Países como Bosnia y Herzegovina, Serbia, Croacia, Mozambique, Sudáfrica, El Salvador, Nicaragua, Guatemala, Camboya y Timor Oriental tienen algo en común: tras la finalización de una guerra interna en los 90, hoy hay una primera generación posconflicto compuesta por personas de entre 15 y 25 años de edad.

Después de la guerra, mejoraron en muchos países las posibilidades formales para incorporar a la juventud. Su participación en escuelas secundarias aumentó considerablemente durante la primera década de paz y las posibilidades de

participación política crecieron especialmente donde el conflicto bélico y su conclusión se vieron acompañados por un cambio de régimen y una apertura.

La nueva generación no es apolítica, sino que prefiere otras formas de participación como las redes sociales o muestra un compromiso más intenso en la sociedad civil. Esto aplica también a las sociedades posconflicto en El Salvador, Nicaragua y Sudáfrica. Los jóvenes se involucran principalmente dentro de la sociedad civil y su compromiso en el sistema político muestra diferencias respecto al de los adultos: la participación en las elecciones es menor; en cambio, resulta mayor la disposición a protestar.

Bajo ningún punto de vista se puede afirmar que a los jóvenes no les interesa la política. En diversas conversaciones han expresado que se sienten «manipulados» por los políticos (Rosales 2016, p. 28). Su confianza en los partidos es tan escasa como la esperanza de poder cambiar algo a través de las elecciones.

Transiciones bloqueadas

En todo el mundo la juventud se enfrenta a una tasa de desempleo que triplica a la de los adultos (OIT 2017). En El Salvador, Nicaragua y Sudáfrica mayor desafío consiste en generar más puestos de trabajo que permitan a los jóvenes dar el paso hacia la independencia económica. Los jóvenes indican que la educación no transmite los conocimientos y capacidades que se requieren en el mercado laboral y la retribución suele ser insuficiente para asegurar el sustento.

Además, jóvenes en estos países se muestran escépticos frente a la sociedad adulta y a los responsables de la toma de decisiones. Tienen poca esperanza de que su participación activa sirva para lograr un cambio importante. Al igual que en otras sociedades posconflicto, quienes están dentro de la contienda bélica siguen controlando el acceso a los recursos sociales y económicos (Kurtenbach/Pawelz 2015). Se produce entonces un «cuello de botella», a través del cual solo pasan aquellos jóvenes que se unen a las redes dominantes y se someten a las estructuras (existentes). Para el desarrollo económico y el futuro de las democracias esto significa una bomba de tiempo, que podría estallar a lo largo de la línea de conflicto intergeneracional.

Participación de los jóvenes en pie de igualdad

El involucramiento y la participación activa de los jóvenes son esenciales para construir la paz. Las consultas organizadas por la ONU demuestran que la juventud sabe muy bien cuál es el marco que necesita para poder realizar un aporte a la paz y la seguridad.

En Colombia, cuatro meses después de la firma del acuerdo entre el Gobierno y las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia), se buscó determinar qué entendían los jóvenes por paz. Según sus expresiones, ese concepto abarca la reconstrucción social mediante la reconciliación y la memoria, la justicia, la garantía de los derechos humanos y la igualdad de oportunidades.

En general, hay dos temas parcialmente vinculados que dominan el debate internacional: la prevención de la violencia y la mejora en la formación, con el objetivo de facilitar el camino desde las instituciones educativas hacia el mercado laboral. Se presume que: si los jóvenes no asisten a instituciones educativas, y tampoco se han integrado al mercado laboral, pueden ser reclutados con facilidad por grupos violentos.

En realidad, como se ha evidenciado en sociedades posconflicto, el acceso al mercado de trabajo no depende únicamente de las capacidades individuales y de una formación bien «calibrada», sino que está sujeto además a las relaciones de poder en el plano político y social. Lo fundamental es cambiar las condiciones sociales para que esos jóvenes puedan desempeñarse como actores políticos y sociales autónomos, con sus deseos, necesidades e ideas acerca del futuro. El último *Informe sobre la juventud mundial* (ONU DAES 2015) apunta, entre otras cosas, a fortalecer la cohesión y representación de los jóvenes (sobre todo, de las mujeres) en los foros parlamentarios y en otras instituciones responsables de la toma de decisiones.

Los jóvenes no están pidiendo una limosna ni un favor que se puede conceder o denegar; tienen derechos que deben ser exigidos sin temor a la represión ni a la criminalización.

*La versión original de este artículo en alemán se publicó con el título «Den Status quo verändern - Jugendliche als Friedensakteure» en GIGA Focus Global No 01, 3/2018, <www.giga-hamburg.de/de/publikation/den-status-quo-veraendern-jugendliche-als-friedensakteure>, urn:nbn:de: 0168-ssoar-56619-4. Traducido por: Fundación Friedrich Ebert.